

## YO TENGO UN SUEÑO

### REPRODUCCIÓN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DE CELEBRACIÓN DEL X ANIVERSARIO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE FARMACIA COMUNITARIA (SEFAC), CELEBRADO EL DÍA 23 DE NOVIEMBRE DE 2011 EN LA REAL ACADEMIA NACIONAL DE FARMACIA.

**AUTOR**

Francisco Martínez Romero, Presidente Honorífico de SEFAC.

Un día de principios de 1998, no lejos de esta Real Academia Nacional de Farmacia, unos cuantos farmacéuticos de pro se propusieron abortar un movimiento que estaba entonces comenzando y que, de evolucionar, creían que acabaría con la profesión. A partir de esa conjura comenzaron a aparecer en la prensa farmacéutica abundantes editoriales y artículos que llegaron incluso a insultos personales para los pocos que estábamos intentando trabajar de una forma distinta en nuestras farmacias.

Y la verdad es que no sabíamos cómo reaccionar, puesto que la única salvación era que nuestros Colegios nos defendieran. Pero no estaban entonces precisamente por esa labor, salvo alguna honrosa excepción de algunos presidentes que temían protestar.

Un domingo, después de un curso en Huesca, precisamente de eso que molestaba tanto, con la Dra. Faus y la Dra. Mercè Martín, nos fuimos al Moncayo y allí, en un albergue, hablamos del tema y maduramos una idea. La idea, que nos entusiasmó a los tres, era convencer al Dr. Bonal —que sabía que se jubilaba poco después porque me había estado “confesando” con él un fin de semana en Cazorla— de que su tercera juventud la dedicara a presidir una Fundación en la que, además de algunos farmacéuticos comunitarios, estuviesen primeros espadas de universidad, hospitales, etc. ¡A ver si alguien se atrevía a seguir haciendo cenáculos en contra de una idea que protegía un “Bonal”!

No me costó trabajo convencer a Joaquín. La verdad es que tampoco le di oportunidad, puesto que le puse la mochila de defender algo en lo que él había creído siempre.

Cuando comenzamos a usar el teléfono para intentar transmitirlo a algunos compañeros, mientras la Dra. Martí ya estaba haciendo gestiones en Barcelona sobre cómo constituir una Fundación, algunos eran más reticentes que otros. Flor Álvarez de Toledo, por ejemplo, a la que era clave sumar, con ese optimismo que le caracterizaba, dijo desde el principio que con Bonal “a misa”, pero que seguro que iba a decir que no. Tanto miedo nos metió en ese sentido que el día que citamos a todos en el Hotel Princesa de Barcelona fuimos unas horas antes a la Catedral, nombramos Patrono a S. Pancracio (que era el que menos velas tenía y, por tanto, supusimos que tenía menos ocupaciones en la cabeza) y le pedimos que Bonal aceptase.

Así se hizo la Fundación y, desde luego, no intentamos siquiera una Sociedad Comunitaria, porque ni teníamos entonces credibilidad científica ni madurez suficiente, ni había tiempo para esperar.

Y llegó el primer congreso de San Sebastián, a finales de octubre de 1999, organizado por Miguel Ángel Gastelurrutia, y que supuso el punto de inflexión de esta profesión desde el punto de vista científico, puesto que de pronto surgieron cuarenta póster de farmacéuticos comunitarios, cuando lo habitual hasta entonces es que hubiese muchas comunicaciones de farmacéuticos de universidad, de industria o de hospital y alguno que otro de algún “loco” de farmacia comunitaria. Y en medio de aquella emoción que seguro que entendéis los que estuvisteis, allí no se podía ni siquiera cumplir con las necesidades fisiológicas porque no merecía la pena perder el tiempo en esas cosas. En uno de los baños del Palacio de Congresos era tanta la emoción que

se respiraba que en un momento determinado me rodearon diez o doce farmacéuticos planteándome que por qué no hacíamos ya una Sociedad Científica. A lo que yo respondí que en cuanto duplicásemos el número de comunicaciones y publicaciones sería el momento, y que confiaran en mí, que yo me encargaba. Aunque con una condición: haría lo posible para llevar la idea a cabo, pero, cuando todo estuviera funcionando, yo dejaba la Presidencia. Porque creía entonces, y sigo pensando igual, que no sirvo para tareas de tanta responsabilidad.

El año siguiente fue prolífico en publicaciones (ya teníamos hasta una revista científica), en inicio de tesis doctorales por parte de farmacéuticos comunitarios, en comunicaciones a congresos, presencia en cursos, etc. Y en la madurez científica de algunos que aprendimos aquello de trabajar en equipo, de forma que fuimos capaces de hacer un equipo de trabajo con farmacéuticos comunitarios. Éste fue, desde mi punto de vista, el acierto. Lo demás vino solo.

Se habían constituido, por otra parte, algunas asociaciones científicas provinciales que podían ser el germen: FACOAS (en Jaén el 19 de enero de 1994); LIFARA (en Zaragoza el 17 de diciembre de 1998); FACOR (en Madrid a finales de diciembre de 1997); NARANJA (en Valencia, también en 1997, aunque no recuerdan la fecha, pero seguro que también fue en Navidad).

Por fin, el 27 de julio del 2000, el mismo día en que 79 años antes Banting y Best aíslan la insulina, nos reunimos en el Hotel Cuzco: Miguel Ángel Gastelurrutia, Pepe Ibáñez, Neus Caelles, Alejandro Eguilleor, Manolo Machuca, Fernando

Llimós, Elena Dualde, José Ramón García Soláns, Guillermo Navarro, Antonio Barbero y un servidor; para constituir la comisión gestora de SEFAC e ir al notario. Y lo hicimos solos, sin la protección de nadie de universidades, industria, hospitales, colegios, etc. Previamente había consultado a todos y obtenido el empujón y la ayuda de todos ellos. Menos de Bonal, que se posicionó en contra de la idea, aunque la misma estaba suficientemente madura y, en esta ocasión, tras un cruce de cuatro o cinco cartas, tuve que pasar por el trago de hacer algo en contra de la opinión de mi maestro, al que no por esto dejé (y dejé) de tener en el corazón.

Sí que tenía todo el apoyo, y aprovecho para decirlo públicamente, de quien entonces era el Director General de Farmacia, Federico Plaza, y de todo su equipo, Nieves Martín Sobrino y Marival Díez. De allí salimos en taxi Miguel Ángel, Alejandro y yo y nos fuimos a presentarles SEFAC al Consejo (Pedro Capilla y Carmen Peña), al presidente de la Conferencia de Decanos (Benito del Castillo), a esta Real Academia (inolvidable Reol), al Ministerio, etc.

Ese mismo día, mientras estábamos reunidos, tras el "pucherazo" de Fujimori, llegaron a Lima cientos de miles de ciudadanos desde distintos puntos de Perú, para participar en la llamada "Marcha de los Cuatro Suyos".

Y el 21 de marzo del año siguiente, llegaron, desde los cuatro puntos cardinales de este país y colapsaron los pasillos de esta Real Academia, compañeros farmacéuticos, ilusionados, para la puesta de largo de SEFAC. Tal como habéis hecho hoy, compañeros, amigos, para celebrar el X Aniversario, con lo que permitidme que me dirija a vosotros, con agradecimiento y emoción, recordando al inolvidable Luther King, puesto que, desde mi punto de vista, lo que le está sucediendo a esta profesión no es una crisis, sino un cambio de modelo, cambio que puede ir hacia un modelo comercial o a uno profesional, pero que, os aseguro, no tiene términos medios.

Y yo también tengo un sueño, y también estoy feliz de unir a vosotros hoy, después de haber leído que el modelo español de farmacia está al borde del colapso,



que tres gobiernos autonómicos no tienen dinero para medicamentos hasta final de año y que tres más no tienen dinero para pagar el último trimestre.

Y así hemos venido aquí hoy, a la capital de nuestra nación, para dramatizar una condición extrema: casi 4.000 farmacias no cobran desde el verano, y otras 7.300 también están en la cuerda floja.

La situación es tan crítica que, incluso desde fuera de España, alertan de la necesidad de un cambio de modelo. El semanario británico *The Economist* aseguraba la semana pasada que los costes sanitarios se encuentran en España en una espiral fuera de control. Según destaca, el gasto sanitario supone entre el 30 y el 40% del presupuesto de los gobiernos regionales.

Vuelvan a Zaragoza, vuelvan a Valencia, regresen al País Vasco, a Cataluña, a las zonas pobres de las ciudades de Andalucía y Extremadura, con la sabiduría de que de alguna forma esta situación puede ser y será cambiada. No nos deleitamos en el valle de la desesperación. Les digo a ustedes hoy, mis amigos, que pese a todas las dificultades y frustraciones del momento, yo todavía tengo un sueño. Es un sueño arraigado profundamente en el sueño farmacéutico. Yo tengo un sueño: que un día esta profesión se elevará y vivirá el verdadero significado de su credo.

Yo tengo un sueño: que un día los farmacéuticos nos sentiremos orgullosos de serlo y de que nuestros hijos sean farmacéuticos.

Yo tengo un sueño: que un día los farmacéuticos nos desprenderemos de la parte comercial que nos ahoga y podremos dedicar nuestro tiempo a los medicamentos en nuestros pacientes.

Yo tengo un sueño: que cobraremos por

hacerlo y viviremos dignamente de ello, que no tendremos que acudir al marketing, a los puntos calientes y a las ventas cruzadas para poder subsistir porque con lo nuestro no podemos hacerlo.

¡Yo tengo un sueño hoy!

Yo tengo un sueño: que un día los farmacéuticos comunitarios seremos imprescindibles y así nos será reconocido.

Yo tengo un sueño: que un día habrá una especialidad por los conocimientos que se requieren y no por el sitio donde se trabaja,

y se llamará Farmacia Asistencial, y capacitará al farmacéutico para atender a los pacientes trabaje donde trabaje, en un hospital o fuera de él. Y que el farmacéutico asistencial que trabaje en el hospital atenderá a los pacientes que estén hospitalizados y el farmacéutico asistencial que trabaje en la comunidad atenderá a los que no lo están.

Yo tengo un sueño: que nuestra labor profesional no la podrá cumplir nadie que no sea farmacéutico, ni siquiera bajo nuestra supervisión, porque para ejercer dicha labor hay que tener los conocimientos y dedicación de farmacéutico. Yo tengo un sueño: que los farmacéuticos seremos los responsables éticos y legales del uso de cada medicamento en cada paciente, y seremos los responsables de la efectividad y seguridad de cada medicamento en cada paciente. Y ese día no hará falta una ley que diga que el farmacéutico tiene que estar en la farmacia, como no hay ninguna que diga que el cirujano tiene que estar en el quirófano, ni el profesor en clase, ni el sacerdote en el confesionario.

Esta es nuestra esperanza. Esta es la fe con la que regresaré al Levante. Con esta fe seremos capaces de esculpir de la montaña de la desesperación una piedra de esperanza. Con esta fe seremos capaces de transformar las discordancias de nuestra profesión en una hermosa sinfonía de hermandad. Con esta fe seremos capaces de trabajar juntos, de rezar juntos, de luchar juntos, de manifestarnos juntos, de luchar por nuestra verdad juntos, con la certeza de que un día seremos reconocidos.

Continúen su trabajo con la fe de que el sufrimiento sin recompensa asegura la redención.

Muchas gracias. **FC**